

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



LA VENGANZA

(Fábula que bien pudiera ser de actualidad).

Existía un león fiero, arrogante, de gran valor y proverbial nobleza, que era por sus preciosos distintivos el encanto y orgullo de la selva. Vivio alegre y tranquilo largo tiempo tan solo molestado por las necias pretensiones de algunos habitantes de su potente reino, hasta que en cierta ocasión, sorprendido en su letargo, quedó inmóvil y preso en su vivienda. Pasó bastante tiempo, hasta que un día el león, sacudiendo su melena, pudo lograr en un supremo esfuerzo verse libre, rompiendo las cadenas. El grupo que á su lado sonreía, viendo de nuevo en libertad la fiera, se dispuso á gozar de la venganza de las turbas que herían sin conciencia. Revolvióse el león fiero, orgulloso, y empezó la función; pero ¡oh sorpresa! no se quiso cuidar de los que hufan en vergonzosa y rápida carrera, y si despedazó con saña horrible á los que le pusieron las cadenas.

GREGORIO M. SIERRA.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

UN CACIQUE

Hombre tan bruto como D. Bartolomé Pérez, sería posible encontrarlo en el mundo tras largas investigaciones; más bruto no, ni más influyente tampoco. La primera vez que yo le vi sentado en un sillón de Vitoria, retorciendo entre sus groseras manos un cigarro de diez céntimos y eructando por su boca descomunal, expresiones y gases mal olientes, parecióme imposible que aquel individuo de semblante frailuno, de frente estrecha y ojillos redondos, zafio en sus modales, torpe en sus ideas, oscuro en sus juicios, vulgar en su lenguaje, con el cerebro angosto y las espaldas anchas, fuese el ciudadano más importante de la provincia, el dispensador de mercedes, el amo del cotarro, el que hacía y deshacía alcaldes, secretarios de Ayuntamiento, presidentes de Diputación, diputados provinciales, diputados á Cortes, jueces y gobernadores; el que se embreaba con los ministros y los recibía con el sombrero puesto, mientras ellos se quitaban el suyo, no por cortesía, sino en señal de pleito homenaje. Y, sin embargo, así era, y bien pronto hube yo de comprender la causa de tan estupendo, y á no estar á la vista, imposible suceso.

—¿Conque usted, le dije, luego de las breves palabras que precedieron á nuestra mutua presentación, y disponiéndome á escuchar sus frases con gran interés, por considerarlas más importantes para el porvenir de nuestra patria que todas las *interviews* que celebran los noticieros de periódicos con los hombres políticos; conque usted es el rey de esta comarca, mi querido D. Bartolomé Pérez, y en ella y fuera de ella, por lo que á ella respecta, no se mueve una mosca sin que usted conceda la licencia oportuna?

—No tanto, hombre, no tanto, repuso mi sujeto, se hace lo que se puede, y nada más.

—Vamos, D. Bartolomé, no se haga usted el chiquito; yo no voy á pedirle ningún destino, ni siquiera un acta de diputado; de modo que conmigo huelgan las reservas mentales y los procedimientos diplomáticos.

—Pues mire usted, contestó el cacique, la verdad: yo me hecho amo de esto, y amo soy, y mi trabajo me ha costado; pero lo que es ahora, hago lo que me da la gana y me río de todo el mundo; lo mismo se me importa á mí de un ministro, que de la carabina de Ambrosio, aunque sea mala comparación.

—¿Para la carabina, ó para el ministro?

—¡Vaya usted á averiguarlo! contestó mi hombre, sonriendo con la sonrisa de patán enriquecido y omnipotente que le caracterizaba. Lo cierto es que aquí no manda nadie más que este cara.

—¿Y cómo ha conseguido usted llegar á tanto, don Bartolomé de mi alma?

—Haciéndome rico. El que tiene dinero puede comprar casas y fincas; el que compra casas y fincas, tiene inquilinos, braceros y arrendatarios; el que tiene arrendatarios, braceros é inquilinos, tiene votos, y el que tiene votos, tiene lo que necesita tener para disponer lo mismo de un alguacil de Ayuntamiento, que de un ministro de la Corona.

—¿Eso es de veras, D. Bartolomé?

—¡Pues no lo está usted viendo con sus ojos! Mire usted: entre unas cosas y otras, manejo yo las dos terce-

ras partes de los votos que hay en la provincia; esos votos van donde yo digo, porque, de lo contrario... ¡figúrese usted: el arrendatario se iría á la calle, el inquilino moroso á la calle también, y los braceros á robar ó á morir de hambre por esos caminos de Dios y de la Guardia civil. De modo que yo digo á «¡votar!» y unos por lo que me deben, y otros por lo que puedan deberme, van como un solo hombre, y el puchero es mío. ¿Se entera usted?

—Hasta ahora me entero de que usted posee muchos votos; lo que no me cabe en la cabeza es que, aun poseyendo esos votos, pueda usted hacer lo que le venga en gusto.

—Pues muy sencillo, señor, muy sencillo. ¿Hay unas elecciones municipales?—pongo por caso:—yo le digo á este ó al otro candidato á concejal: «Mira tú, ó mire usted: lo de la entrada en el Municipio corre de mi cuenta; pero una vez dentro, hay que servirme, porque si no, al año que viene no salís, ú os armo un *escalzaperras* que acabe en la cárcel»; y como todos saben que eso es verdad, pues se conforman; y el Ayuntamiento no es del pueblo, ni de la ciudad, ni del Gobierno, ni de la opinión; es mío; porque yo tengo mayoría, y nombro el alcalde y el secretario. ¡Mia tú quién será secretario sino el que me convenga á mí! ¿Se entera usted? Lo mismo ocurre con la Diputación provincial, aquí no hay más Diputación provincial que D. Bartolomé Pérez.

—¿Y los diputados á Cortes?

—Pues lo mismo. Como aquí no hay opinión, ni los partidos que mandan ó quieren mandar se ocupan en hacerla, resulta que eso de las mayorías de las Cortes hay que fabricarlas desde el ministerio de la Gobernación, y lo que es sin nosotros se hunde la fábrica. El Ministro necesita sacar tantos diputados por aquí; ya sabe él que proponerse algo sin contar conmigo, es lo mismo que si se rascará la cabeza para curarse el dolor de estómago, y va el hombre y coge la pluma y me escribe—¡poquitas cartas tengo yo guardadas en un cajón!—«Querido D. Bartolomé: El Gobierno espera en usted para conseguir el triunfo de sus ideas; ayúdele usted, y luego pida por esa boca...» Yo le sirvo, porque para el caso lo mismo me sirven á mí liberales que conservadores...

—Le sirve usted, y luego...

—Luego, es natural: que me estorba un Ayuntamiento: escribo al Ministro: «Suspenda usted eso», y lo suspende. Que quiero ganar un pleito ó que algún pariente mío ha estropeado á uno y el juez no me da la razón, ó quiere castigar á mi pariente; otra carta al Ministro. «Traslade usted al juez»; y lo traslada. ¿Que me conviene que pase un ferrocarril por delante de mi casa? Otra cartita, y pasa el ferrocarril: ¡ya lo creo que pasa!... ¡De sobra saben ellos cómo las gasto! Cuando voy á Madrid, me reciben con palmas en todos los sitios; porque, no tenga usted duda; de mi conducta y de la de los caciques de las otras provincias depende todo. De manera que, cuando yo pido una cosa, justa ó injusta, se hace, y punto concluido.

—Pero, don Bartolomé... ¡eso es un colmo!

—Oiga usted, dijo el cacique; ya sé yo, palurdo y todo como soy, que si aquí hubiese hombres enérgicos y opinión y desinterés y verdadero amor á las ideas y

al país, yo y mis homónimos (se dice homónimos ¿verdad?) no seríamos nada; pero aquí donde se sacrifica todo por un distrito, por un cargo político, por un triunfo electoral; aquí donde para satisfacer las ambiciones personales se tiran por el balcón la conciencia y la justicia y el bien público, aquí no hay más amo que yo, aunque usted se avergüence y le pese, y al país lo parta por la mitad. Yo hago lo que hago, porque puedo hacerlo. ¿Qué dice usted?

—Que obra usted como un sabio; que su proceder de usted es muy justo, porque no va usted á ser más papista que el Papa; que si los que deben tener vergüenza no la tienen, no va usted á tenerla por ellos, y que desde este momento puede usted contarme en el número de sus admiradores, ya que no me cuente en el de sus súbditos, porque aún no he perdido el decoro personal!

Y me despedí de don Bartolomé Pérez, haciéndole la promesa de influir para que le levanten una estatua en cuyo pedestal se lea la inscripción siguiente:

A BARTOLOMÉ PÉREZ

Los sinvergüenzas reconocidos.

JOAQUÍN DICENTA.

LAS ELECCIONES

Ya llegaron, por fin, las elecciones que del país completarán la ruina.

Silvela, con su daga florentina;

Polavieja apostando sus legiones

de chulos y matones;

Dato, Durán y los demás ministros

tocando á sus empleados los registros;

Comillas y comparsa,

personajes sencillos y apostólicos,

fomentando la farsa

con votos del rebaño

que el padre Sáenz, durante todo el año,

regentea en los círculos católicos;

la jesuítica hez, poniendo en juego

sus grandes influencias,

y á su antojo y placer moviendo el ciego

mundo de las conciencias,

harán, sin duda, con sus malas artes,

¡horror de los horrores!

que los conservadores

triunfen en todas partes.

Sin dotados estar de ojos de lince,

de antemano sabemos

lo que va á suceder el día quince.

¡Qué de cosas veremos

en los colegios! ¡Cuántas injusticias!

¡Qué trampas! ¡Qué chanchullos! ¡Qué impudicias!

—Pero hay que conformarse. Esta es la suerte.—

Dice el pueblo con torpe indiferencia,

embrutecido por marasmo inerte;

y pueblo que así acata su sentencia,

va camino derecho de la muerte.

—

Porque lo que ahora ocurre,

al que un poco discurre

y medita después,

no se le oculta que es sólo el prefacio,

el prólogo que escribe

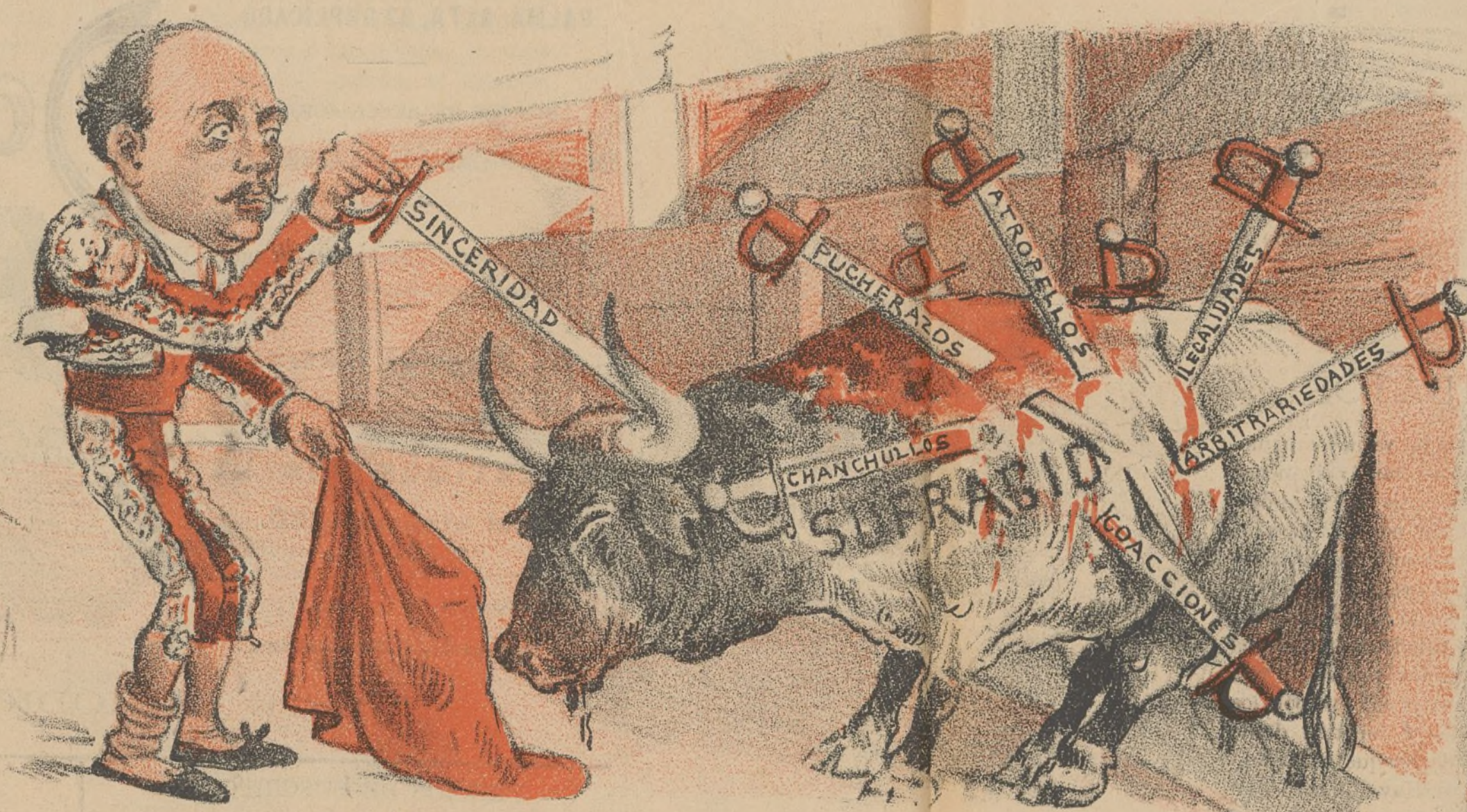
la reacción, que de ignominias vive,

DON QUIJOTE

MINISTROS DEL GÉNERO CHICO



Quien á hierro mata á hierro muere.



Trabajo me va á costar concluir con el bicho.



De los olvidados es el reino de los cielos.



El padre y el hijo, ó los carlistas decididos, ó aquí va á pasar algo gordo.



Buscando la concentración liberal



Yo soy don Camelo,
yo soy don García,
chupa cirios, rapa velas,
general de sacristía;
y aunque soy hombre modesto
y de poca ilustración,
he «sacado» un Manifiesto
conquistando la opinión.
(Música de cualquier zarzuela pateada.)



La función de carlo-integrista
(Apunte naturalista.)



Lo que saldrá de las urnas.



para después entrar en la novela,
que promete ser larga,
dolorosa y amarga,
á no ser que la espuela
del ultrajado honor, rudo incentivo,
sirva de revulsivo
á la anémica grey envilecida
que el sopor aletarga,
y en un momento se alza enfurecida,
y mire al enemigo, y dé la carga
rápida, cual el golpe del venablo,
y haga que la reacción infamatoria,
vil padrón de ignominia de la historia,
huya como alma que se lleva el diablo.
Pues ahora el adversario que amenaza
y huella la justicia y el derecho,
no es nación extranjera,
impuro fruto de podrida raza;
no proviene de fuera,
se halla enroscado al pecho,
con su sangre se nutre, y de ella toma
fuerza y vigor para el siniestro avance.
*No es menester que el Septentrion los lance.
¡Los bárbaros están dentro de Roma!*

Memorandum

Ahí está, risueña y esplendorosa, brindándonos amor y placeres, la primavera, alma de todas las cosas, musa eterna y juventud inagotable del mundo. Es el día de fiesta de los pueblos alegres; pero rota la lira, no brotará de sus cuerdas, como otra veces, el saludo de bienvenida á la hermosa estación. Los trovadores pasaron para no volver, en el mismo convoy fúnebre en que desfilaron al abismo el soldado, el aventurero, el hidalgo, el navegante, el descubridor; todo lo que fué el genio de España.

Desde ahora, perdida la sensibilidad, este pueblo ni se alegra, ni se entristece. Suena como una algarabía de locos el rumor estruendoso de la gente que grita en el circo antes las únicas hazañas de la raza; y las flores y las mantillas parecen guirnalda de muerto y galas repulsivas de mortaja.

Puesta España en la cruz, hubo algo más doloroso que su tormento: la indiferencia, mezcla de burla y desdén, de los pueblos a fines; y sobre eso, algo más terrible todavía: nuestra propia y brutal indiferencia. Pudo decirse, y si no se dijo se pensó en todas partes, que merecíamos mayores humillaciones; y para que no faltara ninguna ignominia en nuestro vía crucis, el vencedor nos injurió con su lástima, y en el propio Capitolio se rezó una oración invocando la ayuda de Dios para la desdichada Nación española.

Salen ahora al descubierto, en toda su horrible desnudez, la vergüenzas sospechadas de la guerra; y resulta que hemos sido nosotros mismos, que han sido hijos de España los que han puesto la mayor parte en el vencimiento. ¿Y qué? Puro expedienteo y farándula.... Nadie se ha indignado de veras, y no ha surgido la saludable agitación de un pueblo que aspire á vivir. Sigue la nación en silencio de muerte, solo turbado por la voz de los arlequines electorales:

—Si toséis, votéis...

PERIÓDICO JESUÍTICO

Martínez Ruiz que, doloroso es confesarlo, ha resultado un revelador de grandes verdades, escribía en su folleto *Charivari*:

«Ruiz Contreras ha fundado su revista *La Lectura*...

—Ruiz Contreras ha estafado nuestra estimación— decía P... (aquí el nombre de un distinguidísimo periodista cuyo nombre no queremos citar).— ¡Una revista conservadora!... ¡Nos ha timado! El miércoles tuve la curiosidad—es una falta, lo confieso—de enterarme de una carta que Ruiz tenía sobre su mesa... Era de un jesuita que le mandaba las pruebas de unos artículos... ¡Figúrese usted! No debemos volver más por su casa... ¡Indigno!

Muerta *La Lectura*, Ruiz Contreras funda la *Revista Nueva*, en cuyo último número se insulta á Barrantes y se hace la defensa del padre Sanz.

Todo esto nos parece lógico.

Cada uno procede como quien es.

MANIFIESTO

DE UN CANDIDATO Á DIPUTADO Á CORTES

No hay que pensar en derrotas
ni promover alborotos;
iréis á darme los votos...
(para ponerme las botas).

Al Congreso iré, y allí
juro que no seré yo

de los que digan *sí* y no...
(pero diré *no* y *sí*.)

En verano y en invierno,
con entera libertad,
haréis vuestra voluntad...
(si os lo consiente el Gobierno.)

Si en algún apuro os veis,
á contarme lo que pasa
podéis venir á mi casa...
(y nunca me encontraréis.)

Como sé que es muy amargo
el pagar contribución,
no pagaréis ni un botón...
(más luego vendrá el embargo.)

Yo de todo soy capaz,
y, como la guerra aterra,
ningún quinto irá á la guerra...
(estando en tiempo de paz.)

No veréis en mi altivez,
y, como buen ciudadano,
nunca os negaré la mano...
(la mano del almirez.)

No tendréis que hacerme ruegos,
sino mandar lo que os cuadre;
y yo seré vuestro padre...
(y vosotros mis borregos.)

Premiaros es necesario,
porque sois hombres de luces;
ya sé yo que queréis cruces...
(y en mí tendréis un calvario.)

Y os declaro en conclusión,
que no haré una acción bellaca,
ni volveré la casaca...
(no siendo por el torcón.)

Por la copia,
VICENTE RUBIO.

LA POESÍA CARLISTA

Los carlistas se han dado un verde para solemnizar la libertad del Sr. Granda, á quien malas aventuras políticas llevaron hace meses á la cárcel de León.

La comilona se celebró en los Viveros, y ya de sobremesa, se pronunciaron los inevitables brindis, propios de estas fiestas.

También hubo lectura de versos por el acreditado señor conde de Guernica; cronista de D. Carlos y latro mayor del reino.

Oigamos al señor conde:

«Cuán torpes se alzaron las ciegas pasiones,
Mintiendo al mundo con dolo falaz,
Y en odio á tu fama forjando ficciones
Que airada envenena la insidia procel!»

Como verán ustedes, estos endecasílabos parecen hechos á máquina, sin ayuda de escoplo ni martillo.

Y sigue el poeta:

«Calumnias terribles prodiga en su encono;
Si acaso sus voces alguno creyó,
Que sepa el que ansioso te juzga de un trono,
Que el trono á tu mente jamás fascinó.»

Y tiene mucha razón el conde. ¡A D. Carlos nunca le ha «fascinado» el trono!

Y eso que ha pasado algunos apurillos por conquistarlo.

Pero en fin, tomemos nota de esa tranquilizadora declaración.

Y nosotros, ¡inocentes! que habíamos creído que el R. preparaba una nueva guerra civil.

Pero cuando el señor conde, asegura lo contrario...

Mas *guernicadas*:

«Que tú desechaste con noble altiveza
Ofertas que al Solio te hicieran subir...»

¿Quién? ¿Don Carlos? ¿Rechazar esas ofertas? ¡Vamos, á este conde se le ha subido el vino del banquete á la cabeza!

«... Porque es de un Monarca la sola grandeza
Del bien ser escudo y el mal impedir.»

¡Y, claro! ¿Qué mayor mal podía haber hecho don Carlos sino aceptar esas ofertas, ¿cuál? y subir al Solio?

¡A estas horas, había desaparecido España del mapa de Europa.

Gracias á que rechazó oportunamente la mano de doña Leonor.

Y continúa el vate:

«Cual otros lo fueron, tú ser no quisiste
Monarca impotente y esclavo del mal;
No fuiste ambicioso, tu espada esgrimiste
Cual padre, en defensa del pueblo leal.»

Es lógico. ¿Cómo va á querer D. Carlos ser monarca impotente? Y mucho menos «esclavo del mal». ¡Pues vaya en unas condiciones que le ofrecían al pobre señor el «Solio»! Hizo bien en no aceptarlo.

Final, con apoteosis y todo:

«Si un día la Patria favor necesita,
Si vuelve la fiera de nuevo á rugir,
Ya Príncipe y pueblo se han dado la cita
Y entrambos ya saben vencer y morir.»

No, señor conde; ni la Patria necesita de los favores de D. Carlos, aunque ruja la fiera (¿pero qué fiera es esa?) ni hay tal cita entre el R. y el pueblo, ni usted sabe lo que se dice, ni esos son versos, ni debe usted perder el tiempo molestando á sus correligionarios con lirismos de pan llevar.

Yo creo, seriamente, que el vinillo del banquete se le ha subido á usted á la boina.

¡A ver, guardias, que lleven á este yate á la casa de sócorro para que le den el amoniacol!

LOS CANDIDATOS

La vida nacional redúcese hoy á las variadas manobras puestas en juego por los que aspiran á obtener el codiciado encargo de representar al país en las próximas Cortes. El espectáculo no ofrece novedad para los que venimos desde hace años estudiando las sucesivas elaboraciones de nuestros Parlamentos.

Hay candidato que acude al distrito correspondiente ofreciendo todo género de prosperidades á la comarca electoral: carreteras, puentes, caminos vecinales, vías férreas, hilos telegráficos... esa cantata oída ya por los bisabuelos de los actuales votantes y repetida desde entonces, sin perder una nota, cada vez que ha habido necesidad de acudir á los comicios. Hay quien se cura más del interés particular que del común de vecinos, y al efecto, dejándose de lirismos rurales, compra los sufragios mediante una tarifa cuyo minimum asciende á la módica cantidad de dos pesetas.

Hay otros que se ahorran molestias y dispendios poniéndose incondicionalmente á las órdenes del ministro de la Gobernación, con lo que ingresan desde luego en el antiguo y conocido encasillado oficial, forma la la más cómoda y segura de investirse con la representación deseada.

Los unos y los otros, en su mayoría, no conocen las verdaderas necesidades del país, ni tienen plan alguno que pueda desenvolverse en las futuras discusiones parlamentarias. Faltos de iniciativa, cuando no de ideas y de palabra, allá irán en su día á constituir el montón anónimo de las Cortes, trocánlo por pequeños favores ministeriales su forzado silencio, interrumpido sólo para ahogar con voces destempladas los apóstrofes viriles de las oposiciones. No enardece siquiera á esos hombres la gloria de la tribuna. Guía sus pasos el deseo de adquirir una posición que se conquista repentinamente con el acta de diputado. Merced á ella puede escalar la carrera administrativa y la política, sin base alguna de conocimientos ó de título profesional.

Con tales elementos, en los que únicamente se advierte un cambio de nombres, vienen nutriéndose los grupos parlamentarios españoles desde las más remotas legislaturas. Forzoso será, pues, cambiar de método si no hemos de continuar padeciendo la anemia que nos conduce faltamente á la consunción.

En las Asambleas donde abundan los entendimientos limitados, el triunfo es de los retóricos. Si hemos convenido en desterrar de la República á los últimos, hay que exigir por lo menos ciertas dotes intelectuales á los que elijamos para que nos representen. No han de ser precisamente oradores todos los encargados de nuestra regeneración; los más aptos para tan necesaria tarea son los técnicos, los experimentados y, sobre todo, los audaces.

Se necesita valor para implantar las reformas, energía para extirpar los abusos, rapidez para poner en ejecución los proyectos, carácter para resistir las imposiciones...

¿No reúnen estas cualidades los candidatos de ahora? Pues entonces el país que ha entrado ya en la penosa senda del Calvario, llegará muy pronto á la cumbre del Gólgota.

LIBROS

Conténtese usted por el momento, mi querido Sr. Matheu, con la noticia, con la simple noticia, que doy desde DON QUIJOTE, de la aparición de su hermosa novela *Carmela rediviva*.

Yo quisiera decir muchas cosas á propósito de ese libro, y las diré muy pronto, aquí ó en otra parte...

Reciba usted ahora, á modo de juicio, mi enhorabuena.

¡Muy bien, Sr. Matheu!

BIBLIOTECA DE "DON QUIJOTE",
EN PRENSA

DON CARLOS

POR

MIGUEL SAWA

Caricaturas de Rojas

Precio: 20 céntimos.

Imprenta de A. Marzo, Apodaca 18. - Madrid,